

MIAU Y LA FILOSOFÍA

Por Mariano C. Melero de la Torre

La obra de Galdos se sitúa en la segunda mitad del siglo XIX, una época de grandes cambios y transformaciones, especialmente en lo que concierne a la mentalidad de los individuos. Nos fijaremos sobre todo en Europa, donde en esta época se va configurando, a gran velocidad, el mundo social en el que hoy en día vivimos. Sin duda, estas transformaciones traen su origen de mucho tiempo atrás, pero es en el tiempo en que Galdos escribe cuando la historia parece acelerarse, dando lugar a un mundo nuevo.

Para la descripción del mapa filosófico de esta época, vamos a distinguir cuatro grandes corrientes de pensamiento: el positivismo, el liberalismo, el socialismo y el vitalismo. Como veremos, el caso español es muy peculiar en el contexto europeo. Por una parte, los intelectuales de nuestro país, como Galdos, tienen que sufrir la casi total ausencia de las dos primeras corrientes, dado que tanto la corriente positivista como la liberal estaban fuertemente ligadas al espectacular avance de la ciencia y la tecnología, campo éste en el que España se encontraba muy lejos de sus vecinos europeos. Por otra parte, el retraso científico español venía acompañado de una gloriosa tradición literaria, que en cierto modo entroncaba muy bien con el movimiento vitalista que se estaba fraguando en Alemania por aquella época. De hecho, como explicaremos más tarde con algunos datos, la filosofía vitalista se convertirá en la gran tradición de la filosofía española, marcando así el trabajo de muchas generaciones posteriores, a medio camino entre la literatura y la filosofía.

1. POSITIVISMO

La corriente más generalizada de la época es, sin duda, el positivismo. Más allá de la filosofía, el positivismo representa el auténtico espíritu de la época, la mentalidad predominante en los países europeos. Su tesis principal es que la ciencia moderna constituye la única forma de explicar adecuadamente nuestro mundo. Atrás quedaron los mitos, las ensoñaciones religiosas y las teorías metafísicas, frutos de sociedades poco avanzadas, que no disponían de la poderosa arma de la ciencia físico-matemática para

hacerse una idea cabal de lo que nos rodea. Así pensaba la mayoría de los habitantes de Europa. La ciencia era el producto estrella de nuestra evolución como especie, y la palanca que nos iba a transportar a un mundo nuevo en el que todas nuestros deseos y necesidades iban a quedar satisfechos.

El positivismo no es sino la versión última del espíritu científicista y pragmático que surge en el Renacimiento. De este espíritu participan todos los filósofos de la época (a excepción, como veremos, de los vitalistas). Su ideal supremo es el progreso de la humanidad, el despertar de un hombre nuevo gracias al desarrollo imparable de la ciencia y la tecnología. En esa evolución, se consideraba necesario abandonar para siempre las formas “arcaicas” de relacionarse con el mundo. Todo lo que no fuera ciencia, todo lo que no tuviera la categoría de científico, debía ser echado por la borda. Así, la religión, el mito y la filosofía debían ser definitivamente desterrados. Además, en el campo científico hay que mencionar la aparición de una teoría que cambiará por completo la idea que los hombres tienen de sí mismos. Me refiero a la teoría de la evolución de Charles Darwin. La influencia de esta teoría será decisiva en ese reduccionismo positivista del que estamos hablando.

2. LIBERALISMO

En la segunda mitad del siglo XIX, las dimensiones del imperio británico adquieren dimensiones planetarias, notando su influencia en América, Asia y Oceanía. Y junto con su economía de mercado, los británicos trasladaron a medio mundo sus instituciones democráticas y su ética.

La ética asociada a la forma de producción capitalista es el utilitarismo. Para el utilitarismo, el objetivo es la maximización del bienestar general, la mayor felicidad para el mayor número. Este ideal utilitario procede de un compromiso moral con la igualdad entre las personas. Si cada uno cuenta como uno, y nada más que uno, entonces debemos primar el bienestar de la mayoría, olvidando, o incluso, si es preciso, oprimiendo a los que quedan fuera de eso consenso social. Por este motivo, el utilitarismo no es justo; abandona a su suerte, o incluso, si es necesario, recorta los derechos de las minorías en beneficio del bienestar de la mayoría.

El utilitarismo, no obstante, forma parte de una larga lista de intentos por construir una sociedad de hombres y mujeres libres e iguales. Desde el siglo XVII, los Estados europeos sufren grandes transformaciones debido a las nuevas ideas liberales.

Con la Ilustración, ese proceso se intensificó y se dieron importantes avances en la realización de lo que hoy denominamos una sociedad liberal y democrática. La ética utilitarista es hija de la Ilustración, y sus creadores, Jeremy Bentham y John Stuart Mill, defendieron importantes reformas, especialmente en la política penal y carcelaria del imperio británico.

El liberalismo comparte con el positivismo la valoración del individuo y la confianza en el progreso constante gracias al desarrollo de la ciencia y la tecnología.

3. SOCIALISMO

Un “fantasma” recorre Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, el socialismo. Esta fue una fuerte corriente de pensamiento que tenía como principal intención la transformación de la sociedad, y más concretamente, las formas de producción de la sociedad capitalista. Su autor más destacado es Karl Marx.

Según Marx, en todas las sociedades siempre ha habido una clase dominante y otra dominada. Primero, en las sociedades del mundo clásico, estaban los dueños y los esclavos, luego durante la edad media, se distinguían los señores y los siervos, y en la edad moderna, la sociedad estaba compuesta de los capitalistas y el proletariado. La clase del proletariado se componía de una masa ingente de personas que habían abandonado el campo en busca de las nuevas oportunidades que ofrecían las ciudades, con sus fábricas e industrias en pleno florecimiento. Las sociedades liberales y capitalistas ofrecían, en principio, a todos sus miembros carta de ciudadanía, con igualdad de derechos. Sin embargo, la realidad era muy diferente. Los proletarios tenían los mismos derechos que los capitalistas, pero su falta de recursos y su falta absoluta de formación les hacía incapaces de hacer uso de sus derechos.

Esa situación, que podemos ver reflejada en las novelas de Charles Dickens, era profundamente injusta. De ahí surgió el espíritu revolucionario que originó el llamado “movimiento social”, cuyo fin último fue el aniquilamiento de la sociedad liberal y capitalista y la formación de una nueva sociedad sin clases sociales. La idea era que los medios de producción (fábrica e industria) pasaran a ser propiedad de todos los miembros de la sociedad, y no sólo de unos pocos. La repercusión posterior de este movimiento es enorme. Todos los derechos “sociales” que hoy conocemos tienen su origen en este movimiento de lucha obrera.

4. VITALISMO

El vitalismo es una corriente muy diferente a las dos anteriores. Comparte, eso sí, con ellas su valoración del individuo frente a la sociedad, pero es bastante más pesimista respecto a la evolución de la ciencia. El autor que abre la puerta hacia todas las versiones de vitalismo, Arturo Schopenhauer, era profundamente pesimista respecto al supuesto progreso occidental, y veía sólo en el arte una posible escapatoria. El primer autor propiamente vitalista, Federico Nietzsche, fue un crítico iracundo de la cultura occidental, de su culto al progreso y a la razón. Nietzsche murió loco en 1900, cuando a la vuelta de la esquina esperaban dos guerras de magnitudes planetarias y una profunda crisis de la todavía no hemos logrado salir.

Pero Nietzsche no quería escapar de la realidad. Todo lo contrario. Según él, el origen de todos los problemas de Occidente era precisamente no valorar la vida tal y como es, con sus alegrías pero también con sus sufrimientos y dolores. La filosofía platónica primero, y luego la religión cristiana habían conducido a los europeos a menospreciar la vida en beneficio de una falsa tierra prometida. La solución, según Nietzsche, consistía en convertir a la vida en la primera y más fundamental realidad, abandonando todo sueño de trascendencia. De ese modo se alcanzaría una nueva “aurora” para la humanidad.

De origen alemán, el vitalismo será en el siglo XX una de las corrientes filosóficas fundamentales, dando paso al “existencialismo” de Jean-Paul Sartre y Albert Camus, una filosofía que estuvo muy de moda durante los años 50 y 60, y que significó una profunda reflexión sobre el sentido de la vida y nuestra dependencia de los demás.

4. LA FILOSOFÍA EN LA ESPAÑA DE MIAU

Como ya dijimos, en la España de aquella época no entraron las corrientes positivista y liberal, puesto que se trata de dos corrientes de pensamiento íntimamente ligadas al progreso técnico y científico. Una de las críticas que se desprenden del libro que nos ocupa, y que el autor realiza con una fina ironía “cervantina”, es la que se dirige al desastroso escenario que se vivía en nuestro país respecto a la investigación científica y el saber en general. Casi podemos sentir el peso de la sociedad que nos describe Galdos. El peso de la religión, con sus valores inamovibles y su cerrazón frente a los

progresos científicos, y el peso del Estado, con su burocracia corrupta y opresora de toda iniciativa individual. Con todo, el estilo realista de nuestro autor tiene su fuente de inspiración en la corriente positivista de la época.

Por las mismas razones, el socialismo era apenas inexistente. En España era predominante la vida rural, por lo que habría que esperar hasta principios del siglo XX para ver el nacimiento del movimiento social entre nosotros. Además, la vida rural estaba dominada por el caciquismo, un fenómeno social que contaminaba tanto la economía como la política de nuestro país.

La corriente que sí tendrá un fuerte eco en España es el vitalismo. De hecho, nuestro filósofo más reconocido internacionalmente, José Ortega y Gasset, pertenece a esta escuela de pensamiento, de fuerte impronta alemana.